

Luna en el Alto Tajo

Isabel González del Vado

*A la gran familia de “El Descansillo”,
por dejarme mirar por sus ventanas*

*A los últimos de la Serranía Celtibérica,
porque fueron y son los primeros.*

*A Francisco Burillo,
por poner su talento y esfuerzo
al servicio de la sociedad*

A mi familia, siempre.

“Algunos autores afirman que los galaicos son ateos, pero que los celtíberos y los vecinos limítrofes al norte bailan y disfrutan la noche entera con toda la familia, en honor a un dios anónimo, de noche, durante los plenilunios, delante de las puertas de sus casas”.

Estrabón, Geografía (III, 4,16)

“Los veranos sin nubes los suavizarás en el aurífero Tajo tupido por las sombras de los árboles”

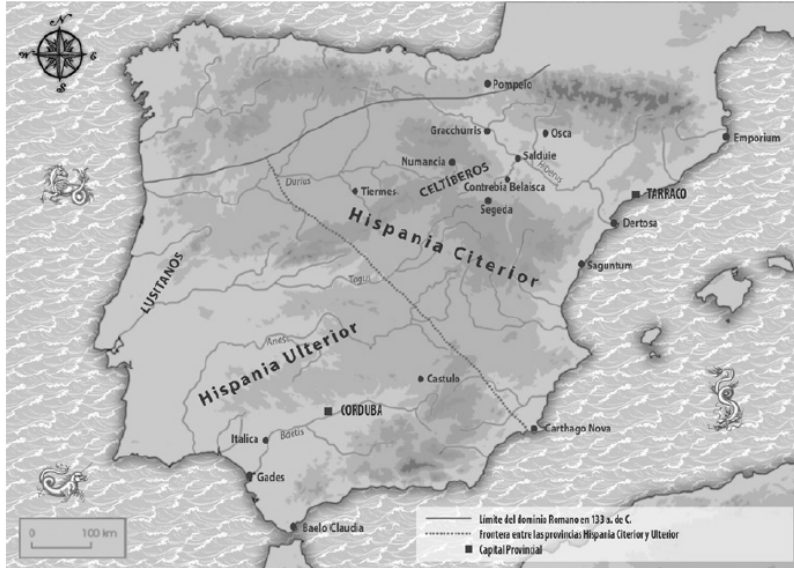
Epigramas de Marco Valerio Marcial
(Biblis 40 dC-104 íbidem)

Índice

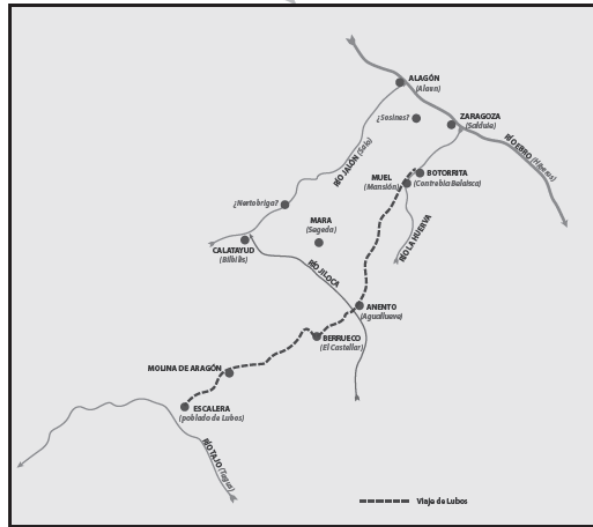
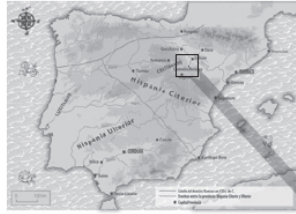
Prólogo	13
1. El corazón	33
2. El amor	41
3. La razón.....	47
4. La fuerza	53
5. El alma máter.....	59
6. El regreso	67
7. La esencia	71
8. La verdad	75
9. La confianza.....	79
10. La prosperidad.....	83
11. El desengaño	101
12. La solución.....	107
13. La sorpresa.....	113
14. El viaje.....	121
15. El castigo.....	127
16. El aliento	135
17. La cura	143
18. La esperanza	157
19. La tésera	171
20. El compromiso.....	179
21. La tregua	189
22. La marcha	197
23. El desengaño	201

24. El paisaje	209
25. La confesión	219
26. La evidencia.....	233
27. La incógnita	241
28. El reencuentro	253
29. El origen	263
30. El poder.....	267
31. El descubrimiento.....	285
32. Eros.....	293
33. El rescate	297
34. La tésera	301
35. Lubos.....	305
36. La despedida.....	311
37. Escalera	323
38. Lúa.....	337
Tabula Contrebiensis.....	347
Bronce de Áscoli	349
Bibliografía	353
Tésera Froehner	360

La Hispania Republicana en torno al siglo I a. C.



Recorrido por los escenarios de la novela



CAPÍTULO I

El corazón



POR fin llegaron las ansiadas vacaciones, y Luna y sus hermanos ya no tendrían que pegarse el madrugón para tomar la ruta de autobús que, como a otros niños de los alrededores, los llevaba hasta Molina de Aragón para asistir a clase. En su pueblo, como en todos los del entorno, ya no hay colegios, y ni hablar de institutos. El éxodo de familias enteras a las grandes ciudades, buscando “El Dorado”, que dejó en penumbra sus tierras, fue provocando el abandono a cuentagotas de la comarca hasta dejarla yerma de sueños; baldíos los campos; vacíos los corrales y las cunas; cubiertos los pupitres de la polvareda que levantan las marchas, y que nadie quita porque no hay vuelta atrás.

Hasta Pedro, el conductor, temía que llegara septiembre. Por eso, el último día de ruta preguntó a los chavales qué planes tenían en casa para después del verano. Vivir allí era casi una proeza que muy pocos, cada vez menos, eran capaces de asumir, y no le resultaría extraño que, como tantas otras veces, a la vuelta de vacaciones sufriera otro recorte.

Pedro sabía que al menos Luna y su familia no se marcharían. Sus padres, Carlos y Pilar, habían nacido en Madrid y decidieron establecerse en aquel pueblo de Guadalajara años atrás. Abandonaron la capital, dejaron sus trabajos –ella, enfermera; él, encofrador–, y apostaron por un proyecto tan nuevo para ellos como la vida que iniciaban: el hostel rural *El Descansillo*.

Arrancar fue tan duro como el gélido invierno en aquellas tierras. La falta de experiencia y las apreturas económicas llegaron a ser un lastre tan pesado que casi les hicieron abandonar. Sin embargo, la pareja fue remontando las dificultades, y la balanza con los pros y los contras se fue nivelando hasta que las ventajas se convirtieron en el peso pesado de su apuesta. Después vinieron los hijos, hasta cinco, y al nido le crecieron cimientos.

Pero, aunque ya no hay clases, Luna sigue madrugando. No quiere perderse nada de lo que el día pueda ofrecerle, aunque trasnoche. Algo habitual durante las vacaciones. Todos los días, después de cenar, acompaña a sus hermanos pequeños, Andrés y Mateo, hasta la plaza. Allí se encuentran con los niños que veranean con sus abuelos mientras los padres rematan los últimos días de trabajo antes de las merecidas vacaciones. Cada noche, como un ritual, inician la tanda de rescates y escondites aprovechando la penumbra de las callejuelas hasta terminar recogándose bajo la única farola que les da tregua, y apurar los últimos minutos del ya largo día con frenéticas partidas del “Uno”. Atraídas por la débil luz, como ellos, las mariposas *isabelina* abandonan su reino en el bosque para danzar sobre sus

cabezas exhibiendo los ocelos de sus alas verdes y filigranas ocres, lenta y pesadamente, como los párpados de los que, a pesar del cansancio, se niegan a la evidencia de que habrá que ir a dormir.

A punto de cumplir los 17, los intereses de Luna poco coinciden ya con los de los chicos, pero agradece ir a la plaza para vigilarlos. Y no le importa echar el rato donde la sangre de los viejos se renueva en la de los nietos que corretean por la arteria principal del pueblo, inundando de energía sus calles y la salud de los abuelos hasta donde el miedo a la oscuridad los hace regresar. Bombeando a ritmo saludable el corazón de aquel pueblo al que el médico, que pasa consulta una vez por semana, daría el alta si, como dice Carlos, aquella imagen no fuera más que un espejismo para el resto del año que en otros tiempos, cada vez más lejanos, fue cotidiano.

Luna nació búho y se transformó en alondra. Por eso prefiere la luz del día para hacer lo que más le gusta, revolotear por los alrededores y, si se tercia, acompañar a los clientes del hostel en sus excursiones por el Alto Tajo. Pero le basta y le sobra con sus expediciones por el entorno. Su padre le contagió la afición, y ella a sus hermanos. Lo agradece su amiga fiel *Abriel*, la perra más guapa del mundo, aunque resulte difícil definir su raza, que nunca le falla.

A Luna le vale cualquier excusa para justificar sus salidas: recolectar frutos, buscar cuevas ocultas, seguir el rastro de algún mamífero... Casi siempre, con premio, porque raro es el día que regresa a casa sin algún "tesorito". Por eso su padre le reservó un cuartucho, junto a la leñera,

para su museo de curiosidades. Raíces con formas caprichosas, piedras con manchas y muescas, a su parecer, extrañas; egagrópilas¹ o cagadas de zorro se amontonan en las baldas a la espera de que Luna tenga un hueco para que todas dejen de ser igual de importantes y ocupen el lugar que, por su peculiaridad, les corresponde.

Pero le falta tiempo. Tanto como le sobra imaginación y facilidad de palabra. Porque Luna es tan hábil para inventarse historias como para convencer a cualquiera de que un día aquello sucedió realmente. Fantasías que alimentan de su insaciable curiosidad. Si vivir en un pueblo pequeño, sin apenas vecinos y con inviernos interminables, puede ser una limitación para algunos, para ella es la oportunidad de hacer posibles sus más peregrinas ocurrencias. La palabra aburrimiento no existe en su vocabulario.

Cuando Luna se levantó aquella mañana, abrió la ventana, como de costumbre, con los ojos cerrados. Le seguían emocionando las citas a ciegas con cada nuevo día, y poner a prueba cada uno de sus sentidos hasta descubrirlo. Luna inspiró profundamente, agudizó el oído, y todo su cuerpo se estremeció bajo aquella ducha matinal de sensaciones que le anticipaban cómo sería la jornada. Solo cuando identificó olores, sonidos, y su piel reaccionó al frescor de la mañana, abrió los ojos y se dispuso a disfrutar con la vista del espectáculo que ya le habían avanzado el resto de los sentidos.

¹ Bola de alimento no digerido que regurgitan algunas aves, sobre todo rapaces, y que suele estar compuesta de pelos, huesos o plumas (RAE).

Ante ella se extendían los pequeños cultivos de cereal salpicados de sabinas que se multiplicaban en las faldas de las lomas que rodeaban los campos, y el pequeño bosque de chopos y antiguos frutales, refugio, año tras año, de alguna corza que buscaba su cobijo para proteger a sus crías. Un paisaje que conocía bien, pero que cada día le seguía sorprendiendo con nuevos matices, diferentes a los del día anterior, y seguro que también a los del siguiente.

Su cuerpo celebró la llegada del nuevo día, y su olfato reconoció una vez más aquel perfume que le acompañaba desde que tenía uso de razón; aquel aroma que los primeros rayos de sol arrancaban de tomillos y espliegos al calentar tibiamente las gotas de rocío que aún los cubrían. Y Luna sonrió al pensar cómo llevarían las mañanas de atascos los urbanitas si antes de salir de casa se impregnaran de aquella esencia. “Podía probar a envasarla, como los antiguos alquimistas”, pensó. Otra tarea a la lista.

Sí. Aquel iba a ser un gran día, incluso, aunque los pequeños hicieran, como era habitual, alguna de las suyas. Un pensamiento que le hizo volver a la realidad y acercarse hasta la habitación de al lado para despertarlos.

—¡Arriba, chicos!

Y la menuda tropa se ponía en marcha a su manera. Mientras Andrés y Mateo practicaban sus “ejercicios” matinales, saltando descontroladamente sobre las camas, Luna aprovechó para darse una ducha y ponerse el uniforme de campaña: camiseta de algodón, pantalones cortos, la gorra, imprescindible, y las botas de montaña.

Desde la cocina, en la planta de abajo, Pilar los avisó para que bajaran a desayunar cuando Luna libraba la primera batalla del día: conseguir que los pequeños llegaran al baño. Cuando Andrés escuchaba “¡a la ducha!” se escabullía, y Mateo lo imitaba, y todas las mañanas protagonizaban una persecución de película hasta que lograba meterlos bajo el agua. *Abril* solía poner la banda sonora a la escena con sus ladridos de emoción perruna, y en más de una ocasión acababa con ellos en la bañera. Pilar subió para comprobar cómo iban las cosas.

–Luna, Luna... ¡tendríais que acostaros antes!

–Tienes razón, mamá, pero es que anoche Antonio y Micaela hicieron chocolate, y Benigna preparó unos pestiños riquísimos. ¡Tendrías que haber venido...!

Antonio y su mujer, Micaela, habían nacido en el pueblo 70 años atrás, pero vivían desde hacía cinco en Madrid; solo regresaban al pueblo en primavera y allí permanecían hasta la llegada del frío; como Benigna, que era viuda; como Emiliano y su mujer, Isabel, que vivían en Guadalajara; como Reyes y Marisa, como Angelita y Domingo...; como tantos que solo volvían al pueblo en fechas señaladas, casi siempre, con los nietos.

Aunque no quisiera reconocerlo ante sus hijos, Pilar disfrutaba viéndolos engullir la cena por ir cuanto antes a la plaza. Que disfrutaran de aquella manera con los ahora veraneantes ponía distancia a las dificultades que ella y Carlos encontraron cuando llegaron al pueblo. Pocos entendieron entonces que la pareja se instalara en aquel pueblucho en el que apenas quedaban en pie cuatro casas

y parecía abocado al olvido. Pero el tiempo había hecho justicia a sus verdaderas intenciones, y la incredulidad de los oriundos se fue transformando en admiración por ellos. Se habían enfrentado a las adversidades que a otros habían forzado a marcharse, y habían conseguido que el pueblo recuperara el pulso. Y todos, hasta los que se marcharon, habían ganado con su apuesta. Consiguieron que adoquinaran las calles, que la maltrecha carretera que los comunicaba con el entorno estuviera en buen estado, que rehabilitaran una casa para convertirla en club social y que, incluso, les instalaran unos juegos infantiles. Y muchos de los que habían abandonado el pueblo decidieron entonces arreglar sus casas pensando en las vacaciones y, los más optimistas, en que algún día sus hijos, o quizá sus nietos, quisieran regresar. El pueblito seguía apareciendo en los mapas y, al menos en verano, los pájaros, las chicharras y el repiqueteo del agua al caer al pilón competían de nuevo con las voces y las risas de los niños que volvían a corretear por sus calles.

Los mayores se habían encariñado con los hijos de Pilar y Carlos; habían visto crecer a Juan y Aurelia, que ya habían volado del nido, como ahora veían a Luna, Andrés y Mateo. La soltura con la que se movían, y la imaginación que ponían en ocupar su tiempo libre les recordaban su niñez; nada que ver con la que ahora tenían sus nietos, plagada de oportunidades, sí, pero también de las limitaciones que supone vivir en una gran ciudad. Algo impensable para los pequeños de *El Descansillo*, como años atrás ocurriría con sus hermanos mayores. Había demasiados

mundos por descubrir y tiempo de sobra para divertirse y aburrirse sin traumas.

–Luna, antes de irte, deja las camas hechas y el cuarto de baño recogido. Si dejas por aquí todo listo, tendré más tiempo para preparar las habitaciones. ¿De acuerdo, cariño?

A veces Pilar tenía la sensación de que exigía demasiado a su hija. Después de todo, era casi una niña o al menos eso quería seguir creyendo. Sin embargo, a Luna, que la implicara en las tareas domésticas le hacía sentirse útil. Y tenía sus ventajas. Si echaba una mano en casa, después tenía más tiempo para hacer lo que realmente le gustaba: patearse los alrededores del pueblo y, sobre todo, subir al monte de La Torre. Allí, donde algunos veían los muros derruidos de antiguos corrales, Luna imaginaba bajo ellos los restos de viviendas ocupadas miles de años atrás, y se preguntaba, una y otra vez, quiénes serían sus antiguos pobladores, cómo vivirían, y por qué, un día, se marcharían de allí.

CAPÍTULO II

El amor

87 a. de C.



LUBOS decidió pasar la noche en el chozón que su padre, Ávalo, había construido cerca del río para guardar las ovejas, piedra sobre piedra, aprovechando como pilar central el grueso tronco de la gran sabina. Tras permanecer varios días lejos del poblado, buscando mejores pastos para su rebaño, habría preferido ir a dormir a casa y disfrutar del estofado que su madre, Stena, habría estado preparando, seguramente, durante toda la mañana. Pero los últimos acontecimientos le llevaron a demorar el encuentro con la familia. No tenía ánimo para celebraciones. Durante las dos semanas que había estado pastoreando con el rebaño se le habían muerto 10 ovejas; tres de ellas, preñadas. Ahora confiaba en que los dos nacimientos que parecían inminentes no sufrieran la misma suerte.

A su llegada a la aldea, la tarde anterior, muchos vecinos habían salido a recibirlo, alertados de su llegada por los niños que, como él mismo hiciera de crío, corrían entre las casas anunciando los nombres de los pastores que regresaban. Apenas se había parado a saludar a sus padres, lo justo para que supieran de su vuelta.

—Ya habrá ocasión de compartir novedades con la familia, ¿verdad, Leal?

El mastín se giró al escuchar su nombre, y le dedicó un bostezo interminable, mientras Lubos comprobaba, ahora sí, satisfecho, que el primero de los esperados partos había transcurrido sin problemas.

—¡Muy bien! Me he tenido que enterar de tu llegada por tu madre...

Lubos giró la cabeza hacia la puerta del chozón y, a pesar del contraluz, reconoció al instante la silueta de quien reclamaba su atención.

—¡Kara!

Rápidamente se limpió los restos de sangre del parto de las manos con un puñado de paja, y echó una carrera hasta quien lo esperaba amenazante con los brazos en jarras. Alzándola en volandas, giró con ella como un remolino.

—¡Kara! ¡Kara! Te he echado tanto de menos...

La joven trató de liberarse ante la mirada curiosa de las ovejas que los rodeaban y de Leal, que movía el rabo complacido con la escena y bostezaba de nuevo.

—No me creo nada de lo que me dices. ¡Bájame, por favor!

Mentía. Kara estaba feliz. Feliz de que por fin Lubos hubiera vuelto. Feliz de sentirlo tan cerca después de tantos días sin verlo. Una alegría que se apresuraba a reconquistar el terreno que se había apropiado su profundo enfado. Si tanto se había acordado de ella, no entendía por qué no había ido a buscarla nada más llegar.

Lubos buscó sus labios, los que durante las noches de ausencia había tratado de dibujar en el cielo uniendo estre-

llas. Ahora podía verlos y besarlos con la primera luz de la mañana, y la tomó de la mano para abandonar el chozón. Buscó el respaldo del muro que rodeaba la paridera y la atrajo hacia él, sin dejar de mirarla, acariciando aquella melena que le enredaba los sentidos.

–No imaginas las ganas que tenía de verte, Kara.

–No te creo –le respondió con una sonrisa pícaro–. Te esperaba hace días; saber que habías vuelto y no habías ido a verme... Creí que ya me habías olvidado...

–Pero ¿cómo puedes decir eso? Cómo podría olvidarte...

Y las explicaciones quedaron secuestradas entre los dientes, y sus labios se unieron para pronunciar cada palabra con un cálido beso. Volvían a ser uno: Lubos, aferrado a la cintura de su amada, y Kara, rendida ya al vigor conocido de aquellos brazos por los que una y mil veces se dejaría aprisionar.

–Tendría que haber regresado antes, pero creí que era mejor demorar la vuelta para que el tiempo nos fuera más favorable durante el camino... Y me equivoqué... El calor llegó de pronto, como no recordaba, y tuvimos que hacer demasiadas paradas. He perdido diez cabezas, ¡diez!, y tres crías...

–Lo importante es que tú estás bien...

–Sí, pero de poco ha servido el esfuerzo. Las ovejas vuelven peor que se fueron.

–El calor pasará...

–No es solo el calor, Kara... Estos días he tenido mucho tiempo para pensar... Pronto llegará el buhonero para comprarnos la lana y, como siempre, abusará en el trueque. ¿De

qué sirve tanto esfuerzo si después ese usurero se aprovecha de nuestras desgracias...? Además, cuando le conté a mi padre lo que me había pasado lo noté preocupado...

–Quizá haya otras razones...

–¿Cuáles? Su inquietud no puede tener otro motivo. ¿Qué otra cosa podría angustiarte?

–Pues que no has sido el único...

–¿Cómo?

–Este año todos habéis regresado con demasiadas bajas...

–¡Pero eso es terrible...! Tengo que ir a casa cuanto antes. Tendremos que pensar qué vamos a hacer...

–Antes deberías descansar. Tienes que recuperarte... – le advirtió Kara, apoyando las palmas de las manos sobre su pecho.

Sin embargo, el cansancio y las preocupaciones no parecían haber dejado huella en su cuerpo. Bajo su casaca marrón sin mangas, ceñida sobre sus caderas por un cinturón de cuero, Kara adivinó la fortaleza de sus pectorales. Como la de sus brazos y piernas, prueba de las largas jornadas de marcha que había realizado. El sol había dorado su piel y su melena, que ahora lucía más rubia que la de su padre. Solo sus ojos, negros como los de su madre, reflejaban el dolor de quien ha sentido el fracaso.

–No te preocupes –intentó tranquilizarla–. Ya sabes que mi madre tiene el mejor remedio para solucionarlo. Estoy deseando volver a comer sus guisos... ¡Cómo me he acordado de sus estofados! ¡Y de sus tortas!

Kara se giró y se acercó lentamente hasta la orilla del río. Sus hermosos ojos verdes volvían a estar tristes, y unas diminutas pero sentidas lágrimas empezaban a recorrer sus pómulos. Disimuladamente las borró con una mano; no quería que Lubos la viera llorar y agradeció que el joven regresara al chozón. Ella aprovechó para acicalar su larga melena negra con la ayuda de sus dedos, y a estirar la casaca marrón que reservaba para ocasiones importantes como esta. Cuando regresó a su lado, Kara ya había recuperado su amplia sonrisa; se había repuesto y volvía a irradiar en sus gestos la belleza que un día enamorara a Lubos.

–Bueno, al menos tenemos dos hermosos corderitos más –le anunció satisfecho.

Kara sonrió al ver la cara de alegría con la que su amado la miraba. Estaba tan enamorada de él que apartó de su cabeza el motivo por el que momentos antes habían brotado sus lágrimas. Kara esperaba que Lubos se hubiera acordado de la ceremonia de casamiento que llevaban planificando desde hacía tiempo y que, si no había contratiempos, celebrarían ese verano. Y no había sido así... Pero ahora, tras escucharlo, entendió que el olvido “imperdonable” estaba justificado. Los últimos acontecimientos podrían suponer un serio problema para la aldea, y no era momento para lamentaciones. Aparcó sus preocupaciones, se acercó hasta él, cogió sus manos y se las llevó a los labios. Dulcemente besó sus dedos, los mismos que momentos antes habían ayudado a traer al mundo a los corderos que torpemente buscaban ahora el cobijo de sus madres.

–Te acompaño a casa. Yo también tengo que hablar con tu madre.

–¡Ah, muy bien! ¿Y de qué tenéis que hablar?

–Oh, de nada importante.

La cabeza de Lubos estaba en otros asuntos muy lejanos a la boda, y Kara pensó que no era el mejor momento para recordárselo. Así que le dedicó la mejor de sus sonrisas, lo tomó de una mano y tiró de él en dirección a la aldea. Leal lo vio alejarse y se tumbó plácidamente bajo un árbol. Sabía que cuando Lubos regresara le traería los restos del guiso de Stena, y volvió a bostezar.